

Reseñar el libro *José Martí. Documentos*, editado bajo la dirección general de Pedro Pablo Rodríguez, constituye un placer para el autor de estas líneas. Se trata de una colaboración del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto de la Argentina y del Ministerio de Relaciones Exteriores de Cuba, que en un gesto fraterno han permitido el acceso de los investigadores de ambos pueblos para examinar, con énfasis marcado en su entorno realista, la labor de Martí en el Consulado de la República de la Argentina, reflejada en documentos hasta ahora poco conocidos. Son raras las ocasiones en que se dispone de tan crecido número de notas diplomáticas para una investigación sobre un período relativamente corto de la vida en extremo activa de José Martí. Hasta aquí, no obstante, estamos hablando sólo de apariencias. Detrás de estas notas diplomáticas, hay un mundo en extremo complejo para cuya evaluación cabal no alcanzan las notas recibidas.

Me ayuda en esta labor haber sido designado para cotejar, con la valiosa cooperación del investigador Enrique López Mesa, todos los documentos recibidos en el 2009 con los que ya se hallaban en nuestro archivo bibliotecario desde 1991, cuando se recibió un aporte similar del propio ministerio de relaciones exteriores argentino. Para nuestra sorpresa, todos los recibidos hace seis años ya se hallaban en nuestra biblioteca desde 1991, salvo una excepción notable: sólo vino uno de más en los recibidos en el 2005: la carta que remitiera el Encargado de Negocios español que citaba la Real Orden en que su gobierno agradecía al Ministro Plenipotenciario argentino su activa gestión para lograr la salida de Martí del consulado argentino, incluyendo a Gonzalo de Quesada, que también había sido cónsul en Filadelfia.

Subrayo que hablamos de una colección de documentos que, según las autoridades ministeriales argentinas, incluye todas las notas diplomáticas halladas en sus archivos, unas 120, relativas al trabajo de Martí en el consulado de la hermana nación en Nueva York entre septiembre de 1890 y octubre de 1891. En verdad, fue un período relativamente corto tratándose de un cargo consular.

Un amigo entonces recién conocido por Martí, Roque Sáenz Peña, joven político argentino, en pleno ascenso por aquellos días, presidía la delegación de su país y mantuvo contactos frecuentes con él durante los seis meses en que la Conferencia Internacional Americana sesionó, esto es, entre abril de 1889 y octubre de 1890.

Durante su desempeño, en gesto que evidencia un alto grado de confianza, Sáenz Peña propuso a Martí, bien conocido en Buenos Aires por sus crónicas brillantes en el diario *La Nación* de Buenos Aires, además de sus actividades revolucionarias, ocupar el importante cargo de cónsul argentino en la ya enorme urbe neoyorquina. Poco antes, Gonzalo de Quesada, buen conocedor de la lengua inglesa, que fungió como secretario de la delegación argentina en la Conferencia Internacional Americana, fue nombrado cónsul en la ciudad de Filadelfia y poco después instado a renunciar a su cargo por el ministro plenipotenciario argentino,

Durante la conferencia se conoció que Sáenz Peña había sido designado ministro de relaciones exteriores. Uno de sus gestos solidarios hacia la causa revolucionaria que Martí representaba fue ayudarlo a neutralizar la iniciativa de un grupo de anexionistas cubanos ante los delegados latinoamericanos en la Conferencia, que respaldaba las negociaciones estadounidenses en España para la compra de la Isla de Cuba. Fue un gesto que Martí agradeció a Sáenz Peña en una carta que selló la identificación revolucionaria entre ambos, robustecida en el curso de la conferencia al observar Martí que Sáenz Peña se oponía activamente a la unión aduanera de la América Latina y a la creación de una moneda hemisférica. Ambos proyectos favorecían los intereses comerciales estadounidenses, y fueron rechazados por las delegaciones latinoamericanas gracias a la bien argumentada negativa argentina a apoyarlas.

A su regreso a Buenos Aires, Roque Sáenz Peña tomó posesión del cargo de ministro del exterior y una de sus acciones oficiales durante el mes que dirigió ese organismo fue presentar a la presidencia, unida a su recomendación positiva, la proposición de José Martí al cargo de cónsul en Nueva York. Pocos días después, Sáenz Peña se sintió obligado a renunciar a su nueva responsabilidad, conjuntamente con el Presidente Miguel Juárez Celman, presionado por los errores de este último en las finanzas del país, que provocaron la caída del peso argentino y desencadenaron una aguda crisis económica.

Fue una invitación a Bartolomé Mitre, en la oposición, a intervenir para aprovechar el descontento del pueblo argentino con la gestión del gobierno de Juárez Celman, lo que lo movió a la aventura de intentar un alzamiento armado para lograr el poder, que pasó a la historia como “la revolución del parque”.

La acción resultó fallida. En esa derrota Sáenz Peña, valiéndose de su experiencia militar, acudió a la defensa del orden constitucional. Esta situación imprevista abarcó todo el escenario nacional, y desvió su atención hacia lo que determinaría a mediano plazo su destino político. Sus seguidores le renovaron, en 1891, el apoyo a su candidatura a la presidencia del país que naturalmente requirió toda su atención.

Pero en 1892, a poco tiempo de las elecciones, se produjo un hecho imprevisto: los investigadores argentinos dejan hoy bien claro que el expresidente conservador, General Julio Argentino Roca, en contubernio con Bartolomé Mitre, concibió una manera efectiva de neutralizar el peligro de apoyar a un presidente con inclinaciones progresistas, difícil de controlar en ese cargo.

Su idea era diabólica: promover la candidatura del padre, Luis Sáenz Peña, a la presidencia. El anciano político conservador era una personalidad de prestigio. En una carta abierta a su hijo le recordó que dada su juventud tendría toda la vida para culminar su carrera política, y de inmediato aceptó la nominación presidencial.

Para Roque Sáenz Peña era impensable oponerse en elecciones a su propio padre. Comprendió el alcance de la turbia estratagema y renunció a sus aspiraciones personales en emotiva carta publicada en casi todos los periódicos nacionales. Su padre ganó las elecciones. Y lo nombró jefe de la Guardia Nacional, cuerpo elite de las fuerzas armadas.

Roque Sáenz Peña ocupó brevemente esa responsabilidad y luego se dimitió para dedicarse a su responsabilidad parlamentaria, a la que eventualmente también renunció. Apareció también en la administración de una hacienda, hasta que fundó una firma de abogados en la capital. Al menos hasta 1893 estuvo alejado de la política del país, y en un gran final reapareció en 1898, al pronunciar un discurso dedicado a la conmemoración del 2 de mayo, en el que apoyó a España en la guerra frente a EE.UU.

Durante todo ese período, no aparece documento o carta alguna entre él y José Martí. Esto puede significar que la renuncia de Martí, cuyo nombramiento consular fue concebido y presentado por él, no pudo ser objeto de su cuidado e influencia, cuando su propia carrera política parecía sumida en una crisis insalvable.

Es decir, prácticamente la renuncia de Martí, provocada por España y apoyada por el ministro plenipotenciario argentino en Washington, Vicente Gregorio Quesada, ocurrió en medio del

apuro político de la prestigiosa figura argentina más cercana a sus ideas, capaz de proteger los planes que obviamente ambos habían acordado y de evitarle a Martí una salida degradante de su cargo, como estuvo a punto de ocurrir.

Estos hechos tenían lugar paralelamente a la renuncia de Martí. No son los más graves, pero si los más visibles. Se debe comprender, más allá de lo observado en las líneas precedentes, que en el plano estratégico la mayor coincidencia entre la estrategia defensiva de la Argentina y los objetivos independentistas de la revolución cubana se hallaba, en opinión de Roque Sáenz Peña y algunos miembros de los círculos de poder, de que el naciente imperio norteamericano era un enemigo común de todos los estados hispanoamericanos, sobre todo de la Argentina y desde luego de la revolución cubana, aunque exceptuando a Brasil, que aspiraba a una alianza estratégica con Estados Unidos.

La mayor diferencia era la posición europeizante de la primera, por la naturaleza de los intereses europeos que regían su economía, según la cual el naciente imperio estadounidense en Sudamérica contaba con el respaldo de Brasil. Pero para lograr la victoria en estas circunstancias, los círculos de poder bonaerenses no estimaban necesario apoyar a la guerra de independencia de Cuba o complicarse con su organización y desenvolvimiento.

Según esta línea política, el inicio de una guerra daría lugar fatalmente a la intervención de las fuerzas armadas norteamericanas en el conflicto. La “madre patria” perdería su imperio y Cuba, no obstante tener todo el derecho a la independencia, jamás podría alcanzarla. La alternativa que se desprende de esta situación era “posponer” la guerra de independencia de Cuba y fortalecer a España, en alianza con Europa frente a Estados Unidos.

Martí, en cambio, hizo cuanto pudo para convencer a Roque Sáenz Peña, y por su conducto al gobierno argentino, de que el nacimiento de dos repúblicas hispanoamericanas en el Caribe, y el fortalecimiento resultante de una República Dominicana con su independencia consolidada bordeando el Paso de los Vientos, era la mejor política para evitar el peligro que suponía para toda la América de habla castellana el control estadounidense a corto plazo de Centroamérica, las Antillas y el istmo. Martí comunicó a Roque Sáenz Peña esa realidad, apoyada en el criterio de que Cuba y Puerto Rico hacían lo que la Argentina en 1810.

Por otra parte, el Paso de los Vientos era la ruta ideal para mover la creciente flota estadounidense del Atlántico, hacia el futuro canal del Istmo centroamericano, que aún se desconocía si sería construido en Nicaragua o Panamá.

La victoria revolucionaria en Cuba y Puerto Rico obligaría a Estados Unidos a reconsiderar toda su estrategia y, cuando menos, se ganaría tiempo en negociaciones con países independientes respaldados posiblemente por potencias europeas, por el interés de Inglaterra y Alemania en la posición estratégica y las riquezas de esa región, en particular de Cuba.

La marcada diferencia de la revolución cubana con la visión estratégica argentina explica las aparentes inconsistencias de la política exterior de ese país en su interacción con España y la futura revolución cubana. Cuba estaba muy lejos de la Argentina y demasiado cerca de Estados Unidos, sobre todo en momentos en que el peligro de guerra de la Argentina por el diferendo con Brasil sobre el territorio de Misiones --más de 55,000 kms² – y con Chile por los extensos territorios de la Patagonia, era de la mayor urgencia porque se trata de crisis territoriales muy cercanas a las fronteras del país, con la agravante del sospechoso arbitraje de Estados Unidos, paradójicamente aceptado por la Argentina. La manera como evolucionó el pensamiento estratégico de Roque Sáenz Peña desde los días del consulado de Martí hasta 1895 y la esperada intervención estadounidense en la guerra en 1898, se aclaró al iniciarse las hostilidades entre Estados Unidos y España, cuando, ya declarada la neutralidad de la Argentina, habló ante un gran mitin de españoles integristas en Buenos Aires, el 2 de mayo de 1898.

Sus emotivas palabras despertaron gran interés internacional, destacado en la prensa mundial y de Estados Unidos en particular, por su sólida fundamentación en el Derecho Internacional. España entendió que sus palabras fueron de exclusivo apoyo a la monarquía española. Hasta la *Enciclopedia Espasa Calpe* repitió esa opinión, por designio o ignorancia.

Pero desde entonces la crítica académica argentina continúa afirmando, hasta el día de hoy, lo que tal vez se aproxima más a la verdad. Sus palabras fueron en realidad una condena a la intervención de Estados Unidos y un respaldo a España y en grado menor a Cuba, por el reconocimiento explícito del derecho de su pueblo a la independencia.

Se trae a colación ese discurso porque evidencia lo afirmado en líneas anteriores: la verdadera política argentina hacia Cuba y España, no proclamada públicamente, comenzó a hacerse más definida después de la renuncia de Roque Sáenz Peña al Ministerio de Relaciones Exteriores, en agosto de 1890 y logró su mayor claridad a partir de la Intervención estadounidense en la guerra de liberación cubana. En la tarde otoñal de 1898, la voz de Roque Sáenz Peña se escuchó por encima de la algarabía integrista:

...Cuba ha debido ser libre, lo repito, si esa libertad no se buscara en este momento histórico, por el camino de la humillación y del ultraje a la nación española; ultraje que no le infieren las disensiones internas, entre insurgentes y peninsulares, sino los actos insólitos de una política invasora, que acecha desde la Florida los anchurosos senos del golfo de Méjico, para nutrir en ellos sensuales expansiones territoriales y políticas; sueños de predominio, que aspiran á gravitar pesadamente en la vasta extensión de este hemisferio.

Estas breves glosas de un discurso extenso escrito en una prosa brillante, reflejan claramente la convicción de que Estados Unidos, como lo previó Martí, continuaría su expansión hacia el Sur del hemisferio, y ya se reflejaba en la política discutida entonces en los círculos gubernamentales argentinos.

Todo en el discurso es ejemplo de equilibrio. Sólo una nota clave desafina: después de más de tres años de lucha, fue seguramente penoso para los cubanos revolucionarios escuchar a un orador hispanoamericano, por brillante que haya sido, afirmar que la guerra de independencia era inoportuna, sólo porque en su opinión hacía peligrar los intereses mediatos de la Argentina. Con conductas como esa, Colombia, Venezuela, Bolivia y la propia Argentina tal vez habrían continuado siendo colonias de España.

Pero lo menos visible, lo que trasciende después de la lectura de las notas diplomáticas donadas por el Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto de la Argentina, es otro drama, por cierto nada favorable a Martí, que se generó en la lucha incesante por los privilegios y las ventajas políticas del servicio exterior argentino.

Me refiero a la pugna, bien conocida por el pueblo en general y en particular por los historiadores argentinos de nuestros días, entre Vicente Gregorio Quesada y Estanislao Severo Zeballos, dos personalidades del más alto relieve de la cultura y la política de la Argentina de fines del siglo XIX y principios del XX.

Ocurre que antes de viajar a Washington, Quesada había sido ministro plenipotenciario en Brasil y alterno en Chile. Cumplía instrucciones de su presidente y personalmente de Julio Argentino Roca, de negociar amistosamente con el monarca brasileño, Pedro II, el diferendo de ambos países sobre los 55,000 km cuadrados del territorio de Misiones.

Quesada se incorporó rápidamente al círculo de amistades “íntimas” del monarca brasileño. Durante un período de tiempo relativamente prolongado, todo parecía marchar de manera óptima hasta que comenzó a rumorarse que mientras el diplomático argentino se reunía los fines de semana en la residencia campestre del monarca, este negociaba en secreto con el ejecutivo chileno un acuerdo de colaboración militar recíproca ante la perspectiva de una guerra de ambos países contra la Argentina.

Se inició entonces una intensa campaña sin paralelo contra Quesada en la prensa, parlamento y, sobre todo, en los círculos políticos tradicionales de Buenos Aires, orquestada nada menos que por Estanislao Severo Zeballos, en ese momento presidente del parlamento, contra la gestión ingenua y en definitiva mediocre, de Quesada.

Rápidamente se tornó imposible la defensa del distinguido personaje, porque los rumores resultaron ser ciertos. Y es posible pensar que Julio A. Roca, antes de aceptar el ridículo de haber apoyado el nombramiento de este en Brasil, aceptó una escapatoria decorosa; su designación en Washington.

Es fácil comprender el ánimo de Quesada cuando fue informado del nombramiento de Zeballos, su enemigo declarado e implacable, como ministro de relaciones exteriores y culto de su país poco antes, o justamente después, concretamente el 17 de octubre de 1891, el día en que Martí renunció oficialmente a su responsabilidad consular.

El cambio en el tono de la correspondencia entre el ministro de relaciones exteriores en Buenos Aires y su ministro Plenipotenciario en Washington se tornó frío, formal e impersonal señal inequívoca de problemas personales entre jefe y subordinado.

La reacción de Quesada fue redoblar sus acusaciones contra Martí, y al hacerlo quebró la regla de oro diplomática de no mentir jamás a su gobierno para asegurar que su flamante ministro de relaciones exteriores en Buenos Aires no demorase en obtener del ejecutivo la aceptación de la dimisión martiana, lo que de otra manera habría sido un enorme desastre para su carrera.

A partir de entonces, Quesada acentuó su persecución del prócer cubano, aunque ya sabía que la dimisión de Martí había sido aceptada por el presidente argentino. Por esa acción, digamos de paso, Quesada recibió como premio su supervivencia en el servicio exterior, al ser enviado, esta vez a España, como ministro plenipotenciario. Él sabía que en 1890, cuando

Zeballos ocupó por vez primera el cargo de ministro de relaciones exteriores y culto, organizó una comisión especial para la compra masiva de armas en Alemania, previendo la guerra contra Brasil, coligado con Chile, por los territorios en disputa. Pues bien, en ese año, España solicitó a la Argentina la venta de los fusiles fabricados por la fábrica Mauser para el ejército, y la comisión creada por Zeballos, autorizado por el ejecutivo Argentino, le entregó a España las armas almacenadas en Berlín, pero aún no cobradas, para las fuerzas armadas de la Argentina, a fin de enfrentar un levantamiento revolucionario en Melillas (hoy República Sarahuí Democrática, en la costa Oeste africana).

Pero lo cierto es que la empresa Mauser continuó las entregas de armas a España por lo menos hasta 1896, y muchas de ellas fueron a parar, no a Melillas, sino a las Filipinas y Cuba. Me informan, por cierto, que en nuestro museo militar hay varios ejemplares de esos fusiles. Se trata de un gesto elocuente del estado verdadero de las relaciones entre ambos países.

Pero todo lo superó Martí, completamente entregado a su misión de lograr una Cuba libre e independiente. Cuando Estanislao S. Zeballos viajó a EEUU a asumir el cargo de ministro plenipotenciario en Washington, con la misión de negociar el diferendo de Misiones con Brasil con el presidente Grover Cleveland como árbitro, uno de sus pasos iniciales fue llamar a Martí para que asumiera la dirección de la traducción al inglés de dos tomos de documentos en lengua española. Todavía no está enteramente claro como lo logró, pero lo hizo. Y cuando Zeballos le pidió la cuenta, martí se negó a cobrar un centavo por la ciclópea tarea. Fue felicitado por el gobierno argentino, con lo que se hizo evidente, incluso más allá del plano bilateral, la confianza en él del gobierno argentino. Y continuó Martí con su bregar diplomático, no con la Argentina, pero si con México, con cuyo presidente se entrevistó en 1894 con resultados positivos. Pero las puertas en Buenos Aires quedaron abiertas para una Cuba a punto de iniciar la guerra necesaria en la que el pueblo cubano había cifrado sus más caras esperanzas.